

Spanish Sermon for Pride Sunday, June 29, 2025

St. Luke/San Lucas Episcopal Church

2 Kings 2:1-2, 6-14; Psalm 77:1-2,11-20; Galatians 5:1,13-25; Luke 9:51-62

Que las palabras de mi boca y la meditación de todo nuestro corazón sean gratas a tu vista, Señor, mi fortaleza y mi redentor. Amén.

Aprecio especialmente esta oración esta mañana, ya que el Evangelio de hoy es bastante desafiante. Así que, con la ayuda del Espíritu, profundicemos en él.

En la Palestina del primero siglo, Jesús comenzó su ministerio en el campo, enseñando, predicando, sanando, reuniendo a sus discípulos, cuidando de sus seguidores y orando por su futuro. Había empezado a atraer la atención —y no siempre positiva— del pueblo, de las autoridades religiosas y de los líderes del imperio romano.

Jesús trabajó con poblaciones marginadas, incluyendo a los samaritanos. Los samaritanos eran considerados raros, diferentes, ajenos a la corriente dominante. Mientras que algunos los veían como una secta renegada del judaísmo, otros los consideraban herejes. En lugar de adorar en el templo de Jerusalén, los samaritanos seguían prácticas ancestrales, adorando a Dios "en los lugares altos". Sus lugares sagrados, donde construían altares y celebraban servicios ceremoniales, eran algunos de los mismos lugares que Abraham, Jacob, José y otros usaban para su culto, antes de la construcción del templo.

En su último viaje a Jerusalén, sabiendo lo que le esperaba allí, Jesús y su grupo pasaron por la región de Samaria. Algunos de sus discípulos se adelantaron a una aldea para prepararles alojamiento. Según Lucas, los aldeanos no recibieron a Jesús, «porque su rostro estaba puesto hacia Jerusalén».

No tenemos todos los detalles, pero hay algunas posibilidades que podrían explicar por qué las autoridades locales no recibieron con agrado la visita de Jesús. Quizás eran personas groseras, inhóspitas e indiferentes que no querían recibir a extraños en su pueblo.

O quizás, quizás, algo más estaba sucediendo. Recuerden que, durante este período, había mucha tensión entre los habitantes de Samaria y los del resto de Israel. Quizás, cuando aquellos discípulos entraron en la ciudad, llevaban consigo algo de esa actitud. Quizás eran un poco arrogantes, incluso se creían con derecho. Quizás se ganaron la antipatía de las autoridades locales con su enfoque y sus modales, haciéndose indeseables.

O quizás los samaritanos sabían que las autoridades romanas ya sospechaban de Jesús. Quizás no querían ser vistos como cómplices. Quizás no querían atraer la atención de los romanos hacia su pueblo y sus familias, sobre todo dada la conocida brutalidad del Imperio romano hacia quienes los desafiaban.

O quizás, solo quizás, los samaritanos de ese pueblo conocían el ministerio de Jesús, sus enseñanzas y sanaciones. Quizás habían oído que venía a su pequeño pueblo y se habían preparado. Reunieron a todos los de su comunidad que necesitaban sanación,

a todos los que tenían preguntas, a los que necesitaban guía o dirección. Solo para ser informados por los discípulos que se adelantaron de que Jesús no impartiría enseñanzas ni sanaciones, que simplemente estaba de paso, con la mirada ya puesta en Jerusalén. Y, decepcionados, sabiendo que tener a Jesús en el pueblo sin milagros podría provocar protestas y disturbios entre los reunidos. En esas circunstancias, las autoridades samaritanas locales bien podrían haber pedido a los discípulos que siguieran su camino.

No sabemos con certeza por qué los samaritanos de ese pueblo no le extendieron la alfombra roja a Jesús y su séquito. Pero sí sabemos lo que sucedió después.

Santiago y Juan vieron que ni ellos ni Jesús eran bien recibidos. Se enfurecieron por Jesús, y quizás por ellos mismos. Le preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo y los consuma?».

Imagínenselo, dos discípulos, seguros de su posición privilegiada, convencidos de tener razón, llenos de poder, prácticamente ansiosos por desatar venganza, destrucción, fuego y azufre sobre quienes, en su opinión, habían insultado a su líder, demostrando así su lealtad y superioridad. Seguro que esperaban que Jesús les dijera: «Adelante. A ver si usan esos poderes. Arrojen esas bombas. Quemen todo».

En cambio, Jesús se volvió hacia ellos y los reprendió. En lugar de elogios, recibieron una reprimenda, una corrección pública. Eso debió dolerles.

Ahora bien, ¿por qué haría esto Jesús? ¿Qué lo llevaría a reprender a sus discípulos cuando solo intentaban defenderlo? Esta me pareció una respuesta interesante de Jesús, y me despertó la curiosidad. ¿A quién reprendió Jesús? ¿Cuándo reprendió Jesús? ¿Por qué reprendió Jesús?

Así que analicé el uso que Jesús hacía de la corrección pública. En las ocasiones en el Nuevo Testamento en que se dice que Jesús "reprendió" a algo o a alguien. En realidad, no sucedió con frecuencia, pero hay algunos casos registrados.

Se dice que Jesús reprendió al viento y a las olas, calmando el mar. También reprendió a los demonios, expulsándolos de quienes habitaban y torturaban. En ambos casos, Jesús reprendió a los no humanos para proteger, sanar y cuidar a los humanos que lo rodeaban.

Al observar a las personas a quienes Jesús reprende, encontramos que tienden a dividirse en dos grupos: los discípulos, quienes se preparaban para ser líderes religiosos, y los fariseos, las autoridades religiosas del lugar. Jesús reprende a quienes tienen autoridad, particularmente a quienes se presentan como si hablaran en nombre de Dios. Jesús reprende, denuncia públicamente y corrige a quienes desvían a otros, a quienes usan o abusan de su poder y autoridad, y a quienes obstaculizan el intento de otros de tener una relación con Dios.

Jesús reserva sus palabras más duras, sus respuestas más feroces, no para los pecadores, ni para los criminales ni para los marginados, sino para quienes tienen

poder y actúan sin empatía, sin justicia, sin comprensión. Quienes impiden que otros conozcan a Dios.

Y en cada caso, Jesús acompaña su reprimenda con una enseñanza, una lección sobre qué debemos hacer, cómo debemos actuar, quiénes debemos ser.

Entonces, ¿qué podemos aprender de este Evangelio, de la interacción de Jesús con sus discípulos y de su reprimenda? ¿Qué podemos aplicar a nuestra vida?

Hoy celebramos el Domingo del Orgullo para valorar las contribuciones de nuestros hermanos queer en Cristo. Como denominación abierta y afirmativa, nos enorgullece este enfoque y el hecho de que, durante casi 50 años, los miembros de la comunidad LGBTQIA+ hayan sido aceptados como miembros de pleno derecho en nuestras congregaciones.

Sin embargo, me pregunto, me pregunto. ¿Con qué frecuencia hemos tratado a nuestros hermanos queer como samaritanos, personas que formalmente forman parte de nuestra comunidad pero que son diferentes, que no hacen las cosas como nosotros? ¿Con qué frecuencia nuestros colegas queer son aceptados pero no afirmados, tolerados pero no celebrados? ¿Con qué frecuencia, como los discípulos, buscamos la manera de excluir, en lugar de acoger? Puede que no estemos invocando fuego del cielo, pero ¿respetamos la dignidad de toda persona humana?

Quizás nosotros, como los discípulos, necesitamos prestar atención a las enseñanzas de Jesús. Quizás también necesitamos escuchar, aprender, cambiar nuestra forma de actuar para incluir plenamente a todos. Como padre de un niño queer, me di cuenta hace un tiempo de que necesitaba instrucción. A veces, necesitaba corrección. La forma en que me habían criado, el lenguaje que usaba, lo que consideraba "normal", todo necesitaba ser repensado, ajustado, cambiado. A veces, necesitaba que me reprendieran, que me pusieran en guardia para poder ver cómo mis acciones, mis palabras, lastimaban a otros.

Aprender, cambiar y transformarse es un proceso. Requiere apertura. Requiere la disposición a escuchar, escuchar de verdad, a los miembros de la comunidad queer. Estudiar, leer obras de autores queer, ver películas desde su perspectiva, usando sus voces, aceptar que, por mucho que me importe, nunca podré comprender del todo, porque no sigo ese camino, no estoy en su lugar.

Y que, por eso, necesito aprender de los demás, estar dispuesto a disculparme por las cosas que he hecho, por las palabras que he usado que son hirientes. Que necesito ajustar mi uso de pronombres, mi lenguaje, para ser más inclusivo. Que necesito considerar cómo funcionan las políticas, no solo para las familias tradicionales, sino también para las familias más diversas que tenemos ahora.

Y como iglesia, seguimos en proceso de transformación. Aunque han pasado casi 50 años desde que la Iglesia Episcopal tomó la decisión de ser abierta y afirmativa, aún tenemos trabajo por hacer. Aún hay políticas y prácticas que pueden mejorarse. Todavía hay personas que no se sienten bienvenidas, que no son bienvenidas, en nuestro espacio.

Así que, al celebrar el Orgullo, celebremos también, no solo aceptemos, no solo toleremos, sino celebremos a todos los miembros de nuestra comunidad: a nuestros miembros LGBTQIA+, a nuestros miembros heterosexuales, a nuestros miembros en búsqueda de una nueva identidad. Escuchemos las palabras de Jesús: amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Quisiera terminar con una oración escrita por la reverenda Elizabeth Riley, sacerdotisa de nuestra diócesis. Oremos:

Autor del universo—

Tu creación siempre ha existido en una belleza compleja,
reflejando la naturaleza multifacética de tu ser,
manifestado tan hermosamente en la humanidad.

Que nuestro conocimiento de ti nos exija
conocer y ver el reflejo de tu divinidad
en todas las expresiones de amor, en todas las expresiones de identidad.

Libéranos de las restricciones y definiciones artificiales
que solo han servido para limitarnos.

Invítanos a conocer plenamente tu santa creación
en todos los géneros, en todas las expresiones,
en todos los lazos de amor, en todas las formas de ser.

Renueva nuestro compromiso de transformar el mundo,
mantén firme nuestra esperanza en un futuro más amoroso y diverso de lo que
conocemos,
 fortalécenos para que nunca comprometamos la dignidad y la divinidad
de ninguno de tus amados y santos hijos.